

MARECHAL MAESTRO

por José María Castiñeira de Dios

¿Con qué títulos me atrevo a improvisar estas palabras sobre el maestro Leopoldo Marechal?

Como decía en *Laberinto de*

amor: "No tengo para tales rigores / ni el verbo ni la barba de los historiadores". No me fue dada la posibilidad de ser un exégeta de su obra. De modo que mi presencia aquí tiene tan sólo un fin testimonial: el de un discípulo, que viene a contar cómo fue su encuentro con el maestro, qué recibió de él y cómo lo acompañó en largos tramos de la vida, cómo él dijo alguna vez, "en las duras y en las maduras".

Allá por el año '33 venía yo de un campo sur de llanuras, de potros y de trigales. Mediaba el año y yo quería ingresar a un Colegio de la calle Trelles y Franklin de Buenos Aires. Naturalmente por normas burocráticas muy atendibles, entre ellas, el haberse cerrado varios meses atrás el período de inscripción, me rechazaron, y en el momento en que yo salía, llorando, y Leopoldo Marechal, ingresaba al colegio para cumplir con su tarea diaria docente, se detuvo, le preguntó a mi madre qué le ocurría al muchacho quebrado en llanto y me llevó a la Dirección para que le permitieran admitirme como alumno suyo en 5º grado de esa escuela primaria. Asumió él, por una misteriosa voluntad propia, el compromiso de formarme y de hacerme ganar el tiempo perdido, en aquellas horas menos exigentes del curso escolar. Para mí fue realmente una revelación. Porque yo traía conmigo la pura y simple imaginación campesina, y en aquellas paredes caleadas del lejano rancho sureño de mi infancia, había visto y dibujado la existencia del

poeta. El poeta —como un ser ideal— era así, para mí, una realidad concreta y me había acompañado mágicamente en

toda mi vida infantil, en los 25 de Mayo y 9 de Julio de las fiestas lugareñas, recitando poemas tradicionales de "El negro Falucho" de Obligado y aquel "Los Granaderos" de Belisario Roldán.

El poeta existía en mi vida junto con los payadores que transitaban por esas tierras del sur cantando la "Leyenda del Mojón", acercando a mi corazón abierto los poemas populares y anónimos, las estrofas del *Martín Fierro*, la leyenda del Viejo Santos.

Tuve así la posibilidad —¡oh milagro!— de encontrar en un patio infantil del Colegio de Trelles, la revelación física del Poeta. Estaba allí, de cuerpo entero, con su guardapolvo blanco, fumando una pipa que jamás sacaba de su boca, mirando socarronamente a quienes representaban la docencia tradicional, acariciando a los chiquitos más avisados, y volcando hacia todos una ternura que se hacía más visible con los más desvalidos, con los menos dotados para el esfuerzo del estudio.

Marechal era, fue, auténticamente un maestro toda su vida; vida que proyectó en una gran didáctica, la de la Verdad revelada.

Esa presencia de orden espiritual se manifestaba en una comunicación caritativa con el prójimo. Le importaba mucho el prójimo. Muchos años después iba a decirle a Gelman: "Escribí para comunicarle mi experiencia a mi prójimo, o sea a mi próximo, tal vez eso pueda ahorrarle algunas desdichas y pesares".

Este gesto caritativo de Marechal involucra la conciencia que él tenía de su misión como escritor, su necesidad de dar testimonio humano. Decía: "Creo que un poeta lo es verdaderamente cuando se hace la voz de su pueblo, cuando lo expresa en su esencialidad, cuando dice por los que no saben decir y canta por los que no saben cantar".

Y agregaba: "cuando tuve ciertas respuestas frente al mundo (...) las encontré sobre todo en la gente y me obligué a comunicarlo vital y literalmente, por amor, por caridad; porque hay que compartir con los demás lo que uno posee. El día que se haga esto —decía—, en el orden económico, tendremos un mundo mucho más feliz". Marechal se colocaba, así de frente, frente al mundo que le tocó vivir, un mundo en un formidable desequilibrio, lo que él llamaba el proceso descendente del ciclo humano sometido a una inquietante aceleración. ¿Por qué como escritor se obligaba él a comunicar la Verdad proferible? Ya lo dijo, en el hermoso comentario que le hace a Alfredo Andrés: "El escritor reclama dos definiciones: una peyorativa y otra mejorativa. La peyorativa dice: Animal bípedo, con una sola pluma, que se alimenta de incienso y promoción; y en la "mejorativa": escritor, ser hermosamente expresivo que manifiesta exteriormente para los otros lo que hay en él de manifestable".

Sentía que esa vocación (de "vocare", llamado) exigía una respuesta en

función del otro, del prójimo y encontró, en un momento dado, que esa comunicación, a través de la poesía inicialmente, debía también expresar el caos de dicha y de felicidad que trae el descubrimiento del mundo. Por eso supo decir en *Días como flechas*: "Abejorros de sol / se deslizaban / a sus caderas / desde la parra / y en los grifos chorreantes / un pájaro de agua / desobilló el menudo carretel de sus voces / para que se durmieran los patios infantiles / ¡Vientres de las tinajas / donde los canalones recogían el sol / que llovía en los techos / y los taladros / de las cigarras / que abrían agujeros musicales / en un silencio de madera!".

Era su enfrentamiento con una realidad, fuerte, vital, bella, desordenada, caótica. Pero en la medida en que él, después de su encuentro con el Cristo de la Mano Rota, en aquella noche de la calle Gurruchaga que cuenta en *Adán Buenosayres*, ordenaba las fuerzas de su espíritu, en esa

medida también su literatura se afianzaba en el júbilo del orden que se manifiesta en *Odas para el hombre y la mujer* y que culmina en los *Sonetos a Sofía* y en *El centauro*. Así podía decir: "Con pie de pluma recorrí tu esfera / mundo gracioso del esparcimiento / y no fue raro que jugara el viento / con la mentira de mi primavera. / Herido el corazón, extraño fuera / que hubiese dado lumbre y aposento / al suplicante amor cuyo lamento / llama de noche al corazón y espera. / Si fría el alma y



agobiado el lomo / llegué a tu soledad
reveladora / con pie de pluma y corazón de
plomo / deja que un arte más feliz asuma /
gracioso mundo y que te busque ahora / con
pie de plomo y corazón de pluma." Y
deseoso de participar a los demás, en esa
permanente didáctica de la Verdad revelada,
su encuentro con esa Verdad, iba a decir en
El centauro, maravilloso monumento
poético de nuestras letras: "En una tarde
antigua / cuyo paso de loba / fue liviano a
los ojos / pero no a la memoria / extraviado
el sendero / que conduce a la rosa / vi al
Centauro dormido / junto al agua sonora. Y
tal vez, porque había llegado al
conocimiento de la Unidad manifestada,
porque había alcanzado el conocimiento del
Hermoso Primero, sabía que con el Número
Dos comenzaba la pena. Quiero recordar
aquel soneto "Del Amor Navegante", casi
un tratado de metafísica, y una de las piezas
más preciosas que se han escrito en la
poesía de lengua castellana: "Porque no está
el Amado en el Amante / ni el Amante
reposa en el Amado / tiende amor su
velamen castigado / y afronta el ceño de la
mar tonante. / Lloro el amor en su navío
errante / y a la tormenta libra su cuidado /
porque son dos: Amante desterrado / y
Amado con perfil de navegante. / Si fuese
uno, Amor, no existiría / ni pena ni bajel ni
lejanía / sino la beatitud de la azucena. / ¡Oh
amor sin remo en la unidad gozosa! / ¡oh
círculo apretado de la rosa / con el Número
Dos nace la pena!"

Toda la didáctica de Marechal se
manifiesta poéticamente. El no creía en la
literatura por la literatura ni en el arte por el
arte. Pudo decir: "Personalmente, cada vez
me interesa menos la literatura y todo
cuanto no sea la apertura al sentido
trascendente de la existencia; toda la exis-
tencia humana no es más que una prepa-
ración para algo que ha de continuar en otro
plano menos ilusorio".

Pero también creía que todos los
caminos del arte literario se resolvían en la
poesía, incluida la novela, a la cual consi-
deraba una expresión de la epopeya como
amplia realización poética y no solamente
poética sino de comunicación de una exis-
tencia humana. Por eso, en un momento
determinado, Marechal utiliza la novela,
también como una forma de su didáctica:
quiere darle a la ciudad un alma; quiere que
la ciudad física tenga una existencia
metafísica; y cuenta su camino, su difícil,
doloroso y luminoso, resplandeciente ca-
mino, hasta alcanzar el conocimiento de la
Verdad.

Pero lo hace apelando a un lenguaje
argentino y coloquial, elevado a categoría
poética; y también mediante ese humorismo
que Sola González definió, certeramente,
como "humorismo angélico". El quería
comunicar esa alegría de su alma mediante
una catarsis por la risa. Por eso toda su
novelística, en la que alguien creyó advertir
la influencia de Rabelais, estaba dirigida a
algo más alto, eso que sólo Cortázar,
Sábato, Sola González y Murena advirtieron
con claridad meridiana. Repito, tanto su
novelas como sus poemas son las formas de
una actitud didáctica, de una ejemplaridad
cuya expresión más concreta está en uno de
sus libros menos transitados y menos
conocidos: *El cuaderno de navegación*. Allí
en *El cuaderno de navegación*, está
explicitando el pensamiento de Leopoldo
Marechal con respecto al Poeta, a la Patria,
al Arte, a la muerte, a su pasión nacional, a
los grandes temas que él trabajó en sus días
y sus noches. Y está también en la *Autopsia
de Crespo*, excepcional testimonio de su
posición precisa frente al materialismo
marxista "hermanos siameses —como él
decía— de la gran trampa urdida para ganarle
la partida a Dios y a los hombres". En ese
libro, que debemos recomendar a veces
porque, como ocurre con casi todos los

grandes escritores nuestros que son más conocidos por anécdota que por el contacto directo de su pensamiento, en ese libro está el pensamiento cabal de Leopoldo Marechal.



Marechal tenía, además, un profundo y extraordinario amor a la Patria, y al Pueblo, que se resolvía también en una permanente y luminosa didáctica, como lo expresa en "La Patriótica". La Patria era para él una inquietud permanente y una angustia de todos los días. "Muchacho, —me decía— ¿qué nos pasó, qué nos pasó que cuando

Buenos Aires era un villorio escribíamos en las paredes: "Calle Esparta su virtud / su grandeza, calle Roma / silencio que el mundo asoma / la gran capital del Sud"? ¿Qué nos pasó que teníamos un sentimiento de grandeza, de heroica realización común, y nos hemos ido perdiendo en los vericuetos de los odios, en los conventillos de la malediscencia?". ¡Tantas veces había hablado de la Patria! "La Patria es un dolor que nuestros ojos no aprenden a llorar", "la Patria es un dolor que no sabe su nombre". Un dolor, siempre la Patria es un dolor, pero también "la Patria es un gran amor que llora recién nacido", y "la Patria es nada más que una hija y un miedo inevitable". Recuerdo ahora, casi el destino vivo con que en su didáctica Marechal quiere dibujar la definición total de Patria: "Y dije todavía en la Ciudad / bajo el caliente sol de los herreros: / no sólo hay que forjar el riñón de la Patria / sus costillas de barro, su frente de hormigón, / es de urgencia poblar su costado de Arriba, / soplarle en la nariz el ciclón de los dioses. / La Patria debe ser una provincia / de la tierra y del cielo".

Con su humildad de gran poeta cristiano Marechal trabajó toda su vida por esta Patria de la tierra y por aquella otra del Cielo. Lo hizo en Buenos Aires, "ciudad de sus amores, / en donde cosechó más espinas que flores".

Para cerrar esa didáctica permanente de su vida y de su obra escribió aquel final de *Megafón*: "Y adiós, que me voy".